

# La Novela Film

Núm. 103

30 cts.



K. EL DESCONOCIDO  
por Virginia Valli y Percy Marmont

# LA NOVELA FILM

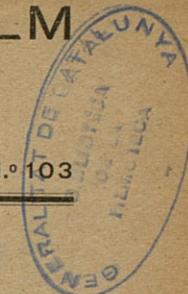
Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción  
Administración

Cortes, n.º 651  
BARCELONA

AÑO II

N.º 103



## K. EL DESCONOCIDO -

EMOCIONANTE JOYA "UNIVERSAL"

interpretada por los siguientes artistas:

Sidney Page . . . VIRGINIA VALLI  
Carlota . . . . MARGARITA FISHER  
K. Le Moyne . . . PERCY MARMONT

\*\*\*

Exclusiva de  
**Hispano American Films**  
Valencia, 233 ~ BARCELONA

# K. EL DESCONOCIDO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

---

*Prohibida la  
reproducción*

---

*Revisado por  
la censura*

---

## RIVALES

¡Juventud, divino tesoro! ¡Quién no hace locuras en la edad en que todo parece de color de rosa!

José y Slim eran dos buenos camaradas. Juntos se instruyeron en el mismo banco de la escuela del pueblo, y juntos llegaron a los veinte años escasos. Se apreciaban mucho. Hubieran sido siempre inseparables de no haberse cruzado en su camino una mujer, la gentil Sidney, capaz de despertar con sus ojos de luz divina a un muerto completamente difunto.

Fijarse detenidamente en ella y enamorarse como locos, fué cosa de un instante, el mismo instante para ambos.

Desde ese día la amistad de los dos muchachos convirtióse en algo parecido al odio.

Todos los días uno y otro iban a ver a Sidney, que vivía con su madre en coqueta casita, y rivalizaban

en llevarle obsequios. José tenía predilección por las flores, y Slim compraba bombones en adornadas cajas.

Pero daba la casualidad que los dos amigos enemigos coincidiesen, muchas veces, en la misma hora al ir a hacer la corte a la encantadora Sidney.

Aquel día, después de una disputa bastante agria, Slim entró el primero en el jardínillo de la casita de Sidney, pero al advertirle José que llevaba el pantalón roto en la parte trasera, disculpóse de la muchacha, pretextando tener que marcharse a su casa.

José aprovechó un descuido de su ex amigo para quitarle la caja de bombones, y presentóse ante Sidney, obsequiándola con las flores que le comprara y la caja usurpada a Slim.

Sidney, admirada de tanto regalo de un solo pretendiente, probó los bombones, participando José de la ganga.

Slim no se había ido más allá del jardínillo, espiando a su rival, indignado del hurto de los bombones y malhumorado por las sonrisas que Sidney tenía para él.

Saboreando los bombones, Sidney dedicó un prensamiento a Slim, lamentándose de que no estuviera allí para comer también algunos.

—No es merecedor de nada ese Slim. A mí no me agrada su carácter—contestó José, celoso.

—¿Por qué? ¿No sois dos buenos amigos?

—Al contrario, Sidney. Slim no es de los de mi clase.

—¿Cuáles son los de tu clase?

—¡Tú!

—Eres incorregible, José. ¿Dónde has aprendido a ser tan galante?

—A tu lado, Sidney. Y no me hables de ese modo. Bien sabes que tú te vas a casar conmigo.

—A pesar de tu gordura sabes correr mucho. Y te aconsejo...

—No quieras que se me indigesten los bombones. Ya sé que te complaces en hacerme rabiar. Dime, ¿es cierto que te propones estudiar para enfermera?

—No te han engañado.

—Yo creo que tú servirás para ese empleo.

—¿Y qué más vas a decirme?

—Pues... también me he enterado de que tu madre ha aceptado en vuestra casa un huésped.

—En efecto.

—¿Quién es ese desconocido, y qué edad tiene?

—No hagas preguntas tontas, José. Es un hombre que tiene el pelo blanco. Figúrate si será viejo.

—Eso de la edad no habrá sido sin duda obstáculo para que se haya fijado en ti.

—Me figuraba esta salida tuya.

—Si te la habías figurado es que... he dado en el clavo.

—Eres un celoso ridículo.

—Tal vez sí. Me revienta ver a todos los hombres mirándote.

—Esa es una manía digna de tu corto juicio.

—¿Es que tú no me consideras bastante para ti?

—Te aprecio, como a Slim; pero algunas veces te he dicho que el hombre con quien yo me case ha de ser alguien; ha de haber hecho algo notable.

—¿Y por qué ese hombre no ha de ser yo?

—No hablemos más de eso, José. ¡Mira lo que hace esa endemoniada doña Nervios! ¡No respeta mis plantas!

Sidney se levantó de la escalerilla de su casita, y persiguió a una ardilla en la que había puesto mucho cariño. La denominación de doña Nervios era justa tratándose de un animalillo tan travieso.

—¡Eres una incorrigible! ¡Una mal educada! ¡Una atrevida! ¡Y lo vas a sentir!—le espetó Sidney a la ardilla, al cogerla.

José era mudo testigo de la escena.

En esto apareció el huésped de Sidney, que había dado mucho que hablar al pueblo. Llamábase K. Le Moyne. No era tan viejo como lo describiera aquéllo a José, sino relativamente joven. Apenas si había cumplido los cuarenta. Su semblante era triste. Ocultaba probablemente alguna pena. Su empleo en la Compañía del Gas era muy modesto.

José, al verle, no pudo reprimir un gesto de sorpresa. Sintió unos celos atroces. ¿Por qué le había dicho Sidney que era viejo, no siéndolo?

La Moyne saludó sonriente, con una sonrisa que tenía un deje de melancolía, a Sidney, quien apresuróse a corresponderle con evidente satisfacción.

—¿Con quién reñía usted, señorita?—preguntóle refiriéndose a los reproches que había estado oyendo desde lejos.

—Con este impertinente...

—¿Con el joven?

José miró ceñudo a Le Moyne.

—No, no es con el amigo aquí presente, sino con este animalito—aclaró Sidney celebrando la confusión, por la cara que había puesto José. Luego presentó a los dos hombres:

—El señor Drummond... El señor Le Moyne.

Este último tendió la mano a José. Extremadamente celoso, el enamorado de Sidney no disimuló lo desagradable que le era Le Moyne, y cuando le vió desaparecer hacia la casa, dijo a la muchacha:

—¡Ese hombre no tiene el cabello blanco! ¿Por qué me engañaste?

Ella no pudo contestarle, contentándose con mi-

rarle piadosa y burlona, pues Le Moyne, volviendo sobre sus pasos, les interrumpió.

—Perdone, señorita; pero me había olvidado de pagar mi pensión. Tome usted.

—No corría prisa, señor Le Moyne. ¿Y qué tal le va en la Compañía?

José soplaba de indignación. Era innegable que Sidney miraba con buenos ojos al forastero.

Le Moyne encontraba amena la charla de Sidney, y disponiéndose a partir con ella unos momentos, dijo a José, amablemente:

—¿No quiere sentarse?

De buena gana el celoso le hubiese soltado alguna frasescita del peor gusto al huésped “poco interesante” de Sidney; mas conteniéndose, respondióle, no sin dejar traslucir su enojo:

—¡No, gracias! Me estaba ya despidiendo.

Y marchóse precipitadamente, como lo hiciera un poco antes Slim, al verse descubierto detrás de un árbol por su rival, que le obsequió, para ahuyentarlo de allí, con una ducha por medio de la manga de riego.

## LA MURMURACION

En todas partes, la murmuración clava sus afilados dardos en nosotros. Pero en los pueblos, por lo mismo que nadie puede dar un paso sin ser visto, los cizañeros son mordaces, algo parecido a los perros que le toman cariño a uno y le siguen a todas partes.

Tres mujeres, a cual más estrafalaria y estúpida de pies a cabeza, tenían especial empeño en preocuparse de lo que hacia o dejaba de hacer el recién llegado al lugar, K. Le Moyne.

—Desde que ese desconocido está entre nosotros, no he podido averiguar más que una cosa: que está empleado en la Compañía del Gas. Esta ausencia de datos sobre él se me antoja muy extraña—decía una de las tres maldicentes tres meses después de la aparición de K. Le Moyne en el pueblo.

—No me extrañaría que estuviese aquí porque le haya interesado huir de alguna ciudad por algún delito—opinó otra.

—Y está enamorado de Sidney. Ahora los veremos juntos, como casi siempre, sentados en la escalerilla de su casita—afirmó la tercera, maliciosa.

—Si ¿verdad?—preguntó la más bajita.

—Eso es tan positivo como la nariz de usted.

—¡Mi nariz! Pues no hay duda de que sería aún más positivo si se refiriera usted a su propia nariz.

Este pequeño roce interrumpió por unos momentos

nada más la murmuración. Las tres mujeres ardían en deseos de continuar, a medida que iban andando, la interesante plática acerca del prójimo. ¡Resulta tan fácil inventar cuentos, para pasar el rato!

Sidney y Le Moyne conversaban en el jardínillo. El huésped se interesaba por lo que opinaba la agradable joven acerca del cargo de enfermera que ya ocupaba en el hospital del pueblo, muy importante, por cierto.

—Estoy muy bien, señor Le Moyne. Creo que mis servicios han gustado desde el primer momento.

—Lo celebro, y no me extraña. Todos los enfermos van a adorar a usted, porque sus manos de ángel los curarán milagrosamente.

—¡Oh, señor Le Moyne! No se burle de mí...

Las murmuradoras, al verles en ameno diálogo, cambiaron expresivas miradas, como confirmándose mutuamente sus sospechas.

—¿Qué os parece—decíanse en su mutismo—; se quieren o no se quieren?

Y prosiguieron su camino, murmurando sin freno, como patos inagotables en sus graznidos.

Un poco más tarde, Sidney aceptaba que Le Moyne le acompañase a dar un paseo en barquichuela por el río.

Slim y José, los dos jóvenes rivales, coincidieron, como en anteriores ocasiones, en ir al mismo tiempo a la casita de Sidney, para galantearla.

José llevábale flores; Slim sus acostumbrados bombones.

Pero Sidney no estaba en el hogar.

Malhumorados, los dos ex amigos de la infancia necesitaban hacer pagar a alguien su disgusto, y no creyeron nada mejor que insultarse; y de los insultos pasaron a las manos, de éstas a los puñetazos, y ya

había recibido cada uno su parte, cuando, resistiéndose a creerlo, vieron, en el río, no muy distanciada de ellos, a la muchacha amada en compañía de Le Moyne.

Estaban, los dos, jadeantes. La lucha, que había tomado proporciones desesperadas, por celos impietuosos, principalmente por parte de José, los había rendido. Miráronse compasivos al percatarse de su inútil pretensión de quitarse uno a otro la novia deseada, y dijo Slim a su hasta entonces rival:

—Venga esa mano, José. No seamos ciegos. No es justo que por causa de una mujer se quebrante una amistad tan sólida como la nuestra.

Y José, compungido, mucho más pesaroso que Slim, por querer más y mejor a Sidney, estrechó la mano de su amigo, pero lloraba silenciosamente.

#### CLARO DE LUNA

—¡Qué lástima que se termine el paseo! Crea que no me cansaría de recorrer el río desde el amanecer hasta la noche. Esta calma es tan embriagadora. Esta Primavera es dulce como ninguna, ¿verdad?

—Sí, señorita Sidney... Es la más suave que he conocido... o es que usted es tan cariñosa... tan buena... que parécmeme amable todo lo de aquí...

—Bien se comprende que ha venido usted a este rincón para olvidar una pena... de amor tal vez...

—No, Sidney... Llegué aquí limpio de afectos... Y aquí mi corazón está sonriente cuando la mira a usted...

—Muchas gracias...

Hubo una pausa. El pensamiento de Sidney detúvose en una noticia que le dieran por la mañana, la cual comunicó a su huésped:

—Se me había olvidado decirle, señor Le Moyne, que el doctor Max Wilson ha llegado hoy, para hacerse cargo del hospital.

—¿Max Wilson?

—Sí; el especialista; el único que ha podido aprender la operación del famoso doctor Edwardes.

—No sabía nada...

—¡Debe ser maravilloso adquirir fama; poder hacer en el mundo cosas grandes, cosas espléndidas! ¿verdad?

—Muy maravilloso, cierto.

—Señor Le Moyne, ¿no ha tenido usted nunca la ambición de popularidad; de ser, en el mundo, algo importante?

—Todos la tenemos, señorita Sidney; ¡y yo, desde niño vengo acariciando la ilusión de ser un gran... un gran...

—¿Un gran qué...?

—...un gran detective!

—¿De veras? Francamente, no me gusta.

—¿Por qué?

—Si no fuera un oficio tan arriesgado...

## EL DOCTOR WILSON

El doctor Max Wilson se estaba haciendo una aureola de fama, con los procedimientos de su profesor, el famoso doctor Edwardes.

Le encontramos en el café del Manantial Blanco, con su enfermera especial, e inspiradora de sus éxitos, la hermosa Carlota, de mirada de fuego, boca de pasión, y cuello esbelto.

Durante dos años había vivido la pobre Carlota de promesas que nunca había visto cumplidas. Pero, ¿quién sabía lo que podía ocurrir aquella noche, si ella sabía aprovecharse de las circunstancias?

En realidad, el doctor Wilson parecía estar muy enamorado de ella, y la envolvía en atenciones que jamás le conociera la interesada.

Los dos rivales reconciliados, José y Slim, celebraban las paces en el indicado Manantial Blanco. No pudieron menos de fijarse en el eminentе doctor, relativamente joven, y en la mujer que estaba a su lado.

—¿Será su esposa? —dijo José a Slim.

—Lo parece... pero hará poco que se han casado. No le deja él en paz las manos. ¿Y qué te parece este tabaco? Buen tabaco, ¿eh? ¡Verdadero habano!

Los dos fumaban sendos cigarros de buen precio. Echaban una cana al aire. Ahora que, no estando acostumbrados a fumar esas brevas, parecía que esa "cana" les había caído en el estómago desbaratándoles la digestión. Slim fué el primero en levantarse de la mesa, tosiendo y reprimiéndose algo en su interior,

para ir a descongestionarse en lugar a propósito.

José, comprendiendo el motivo de la precipitada desaparición de su amigo, echóse a reír, satisfecho de su resistencia propia, pues con él no podía el puro. Pero, de pronto, presintió que eso de la resistencia tiene un límite en todos los casos. ¡Caramba con el puro, a pesar de su origen habano! También él tendría que ir al mismo sitio que Slim. Indudablemente eran otra vez buenos amigos.

Sidney y Le Moyne habían terminado ya su paseo por el río. Al desembarcar, ella, distraída, cayó de pie al agua, y él, prestóle ayuda presurosamente para que saliese del río, diciéndole ya en terreno firme:

—Estamos a dos pasos del Café, y es mejor que vayamos allí, a secar sus ropas, para evitar que se acatarre usted.

Sidney aceptó, y a poco entraba con Le Moyne en el Manantial Blanco, subiendo los dos a una de las habitaciones reservadas.

José, que había visto a Sidney, sintió que, a pesar de su enojo por haberla descubierto paseando, sola, con Le Moyne, no hacía mucho, la amaba con delirio, con ceguera, resuelto a todo por conseguir su amor. Una pregunta martirizaba su espíritu, golpeándole en el corazón: ¿Por qué Sidney se encerraba con Le Moyne en un cuarto del Café? ¡Oh, él evitaría la infelidad de Sidney! Disponíase a subir a dicha habitación, cuando vió salir de la misma a Le Moyne, a quien oyó decir desde la puerta, dirigiéndose a Sidney:

—Quítese esa ropa pronto, y le traeré algo bien caliente, para beber.

José esperaba al pie de la escalera al que, según él, era ladrón de su amor.

—¡Es usted un canalla!—le dijo iracundo, crispando los puños, y pronto a descargarlos con furor.

Le Moyne comprendió, y llevóse afuera al exaltado muchacho.

—Ahora, si baja usted la voz escucharé lo que quiere decirme.

—¿Por qué la ha traído usted aquí? ¿Qué hace ella en las habitaciones altas del Café?

—Eso no debe de preocuparle. Sidney debe merecerle más confianza.

—¡Escúcheme: ella está comprometida para casarse conmigo; y aquí, los hombres dignos no se acercan a las mujeres que están comprometidas! ¡Además; nadie sabe quién es usted; y parece que tampoco quiere usted que lo sepan! Pero yo he de averiguar su filiación; y ¡ay de usted, si a Sidney le pasa algo!

—Si se atreve usted a ir a ella con alguno de esos cuentos, le he de dar la mayor paliza que ha recibido en su vida.

José lloraba amargamente. Su amor por Sidney era inmenso, constituía su vida.

Apiadado del infeliz muchacho, Le Moyne le puso, cariñoso, una mano en el hombro, y trató de calmarle:

—Está usted equivocado. Yo no tengo la menor intención de entrometerme en sus relaciones con Sidney.

—¿Y si ella estuviese enamorada de usted?

—...Tampoco lo está. ¡Palabra de honor!

La amargura de José no cesaba. La nobleza de Le Moyne le había tranquilizado, mas el temor de que Sidney no le quisiera nunca, le destrozaba el alma.

Al ir a volver al interior del Café, Le Moyne descubrió, desde el jardín, al doctor Wilson con Carlota, y sus ojos claváronse cual dardos en esta última,

que acababa asimismo de verle, sobresaltándose ante tan insospechada visión.

—¿Qué te pasa, Carlota? ¿Qué es lo que has visto en el jardín, que te has asustado tanto? ¿Un fantasma acaso?

—No vi nada... No sé en qué pensaba, y me asusté al mirar en la negrura. Tú sabrás explicarte este caso nervioso...

El doctor oteó el exterior, desde su mesa, y como no vió nada anormal—Le Moyne ya no estaba allí—, sonrió un tanto burlón a Carlota.

#### LA ENFERMERA ESPECIAL

Durante el mes siguiente, todas las conversaciones habían girado alrededor del doctor Max Wilson.

Las tres murmuradoras, inseparables en su afán de chismear, criticaban a Sidney.

—Sidney ha salido todos los días del mes en el automóvil del doctor Max. Seguramente ha dado cabazas a K.

—Nada extraño sería que todo esto acabara en tragedia.

—¡Claro!

—No hay peor furia en el infierno que una mujer despreciada; y dicen que la enfermera napolitana, la enfermera especial, era la novia del doctor Max.

Y siempre así.

En el hospital, el doctor no se respetaba a sí mismo, y aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban entre las enfermeras.

Sidney era su predilecta, pero había de andar contento. Por una razón misteriosa la consideraba superior a todas las demás, y le prodigó tantas atenciones, que Sidney creyó que él era el hombre que le reservaba el Destino.

Carlota, enterada de lo ilusionado que estaba el doctor con Sidney, los espiaba siempre que los sabía juntos, y, en su despecho, juró vengarse.

José veía alejarse cada vez más de sí la posibilidad de poseer el amor de Sidney; y sabedor de las veleidades del doctor Wilson, que la galanteaba sin recato, y por el que ella—lo había podido comprobar—estaba loca, sufrió ante el temor de que le diese un fatal desengaño. Ya no dudaba de Le Moyne.

Aquella noche, el enfermo asistido por Sidney se puso muy grave.

—¿Cómo se explica esto? ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó alarmado el doctor Wilson a la encargada.

—La señorita Page ha cambiado, equivocadamente, la medicina del paciente, y me veo obligada a suspenderla.

Sidney, que no sabía explicarse cómo había podido cambiar la lotería de la medicina, no se atrevió a protestar, pues lejos estaba de dudar de nadie.

El doctor Wilson no tuvo más que mirar a Carlota, para comprender lo que había ocurrido.

—Recoge tus cosas, y te llevaré a tu casa—le dijo a Sidney.

Mientras eso hacía la inocente, el doctor encaróse con la culpable.

—¡Siempre has de ser lo mismo! ¡Ya estás haciendo otra vez uso de tus diabluras!—la reprimió.

Sin embargo, Carlota no apartó de sus labios una tentadora sonrisa...

### EL PRIMER BESO

Sidney, muy afligida, dejóse acompañar por el doctor hasta su casa, y cerca de ella, como a guisa de consuelo, él la besó en los labios antes de despedirse.

—¡Oh!—exclamó Sidney, turbada.

—¿Qué te pasa, Sidney? ¡Cualquiera diría que nunca has recibido un beso de nadie!

—Así es... doctor... Hasta ahora, nadie había besado mis labios.

—¿De veras?... Estoy pensando si tú podrás comprender lo mucho que eso representa para mí. Yo quisiera que... ¿te casarías conmigo, Sidney?

—¿Casarme... y con usted?... ¡Sí, doctor!

Y, de nuevo, los labios del osado se posaron en los de la doncella; mientras Le Moyne, acariciando a la ardilla domesticada por Sidney, le preguntaba:

—Doña Nervios, dame tu opinión: ¿Puede el presente o el futuro borrar el pasado?

Al día siguiente, las murmuradoras, como auténticas estaciones radiotelefónicas, propalaron por el pueblo la noticia del compromiso de boda contraído por Sidney y el doctor.

—Eso debió arreglarse anoche, después de haber sido ella despedida del hospital—decía una de ellas.

—No le arriendo las ganancias a Sidney, con lo celosa que es esa enfermera napolitana—comentaba otra.

En tanto, Carlota cogía por su cuenta al doctor Wilson.

—¿Es verdad, Max, lo que están diciendo por ahí de ti y de esa muchacha?

—Sí... pero tú sabes que eso no ha de establecer diferencias entre nosotros.



—*De veras?... Estoy pensando si tú podrás comprender lo mucho que eso representa para mí.*

No pudieron seguir hablando. Nerviosamente, Carlota escribió esta carta, y se la dejó con discreción encima de su despacho, pues acababa de entrar en él la encargada.

Max leyó ese papel. Decía:

*Te espero en la misma esquina y a la misma hora; y entonces hablaremos.*

Sentados en la escalera de su casa, Sidney y Le Moyne platicaban, según era costumbre en ellos.

Sidney, lamentándose de su supuesto error de la víspera, terminó por decir:

—Después de todo, no me han de suspender en el hospital. El doctor Max acaba de telefonear que viene por mí.

—¿Le quiere usted mucho, Sidney?



—¿Le quiere usted mucho, Sidney?

—¡Yo creo que él es el mejor hombre del mundo! Ayer salvó otra vida, con la famosa operación del doctor Edwardes. ¡Oh! ¡Es un médico eminentísimo!

Le Moyne disimuló su tristeza, y en esto presentóse ante ellos José, que pidió a Sidney hablar con ella a solas.

—Me tienen desesperado las murmuraciones de la gente. Por todas partes no oigo otra cosa que: "ahí

va el de las calabazas de Sidney". ¡Y ya se me agota la paciencia!

—¡Por Dios, José; me das miedo!

—¿Miedo? ¡Yo lo tengo de mí mismo! No como, ni duermo, ni sosiego! ¡Creo que voy a volverme loco!

—¡Esto es un absurdo!

—¡No te cases con Wilson, Sidney; créeme! ¡Quizá tú no sepas que mientras a ti te está haciendo la corte piensa que le espera esa enfermera de los cabellos negros!

—¡Basta, José! ¡Los hombres que son hombres no hablan de otros de ese modo! ¡Ahora comprendo mejor que nunca que hubiese hecho muy mal en casarme contigo!

—¡Está bien! ¡Ya verás de lo que soy capaz!

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué te importa a tí lo que a mí me suceda? ¿Qué le importa a nadie? ¡Yo haré lo que a mí me parezca!

Le Moyne adivinó los propósitos desesperados de José, y de un salto colocóse a su lado en su *auto*, prodigándole frases de aliento que le calmaron.

—Tiene usted razón, señor Le Moyne; lo comprendo. Pero, ¡desgraciado de ese hombre, si cometiera con Sidney una vileza!

## LA TRAGEDIA

Otra noche pasada con Carlota; pero, tal vez la última. El la había tratado muy mal, y era justa que la compensara de algún modo.

—¡Te amo, Carlota; siempre te he amado!

—Entonces, ¿por qué me dejas por otra?

—No hagas caso, tontuela; eso no tiene nada que ver.

—¿Que no tiene nada que ver? ¡Qué audacia! ¡Yo soy una mujer, como ella; y te amo más que ella!

¡Si has de seguir así, prefiero morir de una vez!

—No digas necedades, Carlota.

—¡Si te casas conmigo te seré fiel toda mi vida! ¡Nunca habrá otro hombre para mí! ¡Esto lo sabes tú muy bien!

—Lo siento, Carlota; pero, eso es imposible.

Convencida de que no lograría disuadir al doctor de su idea de matrimonio con Sidney, Carlota puso el rostro alegre, y mostróse dispuesta a obedecerle en todo.

—¡Lo interesante es vivir! Llévame ahora al Café de Schwitter. Allí hay gente más distinguida, poco numerosa y menos probabilidades de encontrar alguien que te conozca.

Dirigiéronse en *auto* allí; y José, viéndoles y confundiendo a Carlota con Sidney, corrió en su coche detrás de ellos.

En dicho Café, Carlota, apenas se puso a bailar

con Wilson, desmayóse en sus brazos, y el doctor la condujo a una de las habitaciones superiores, depositándola en una cama. Pero al tomarle el pulso, comprendió el engaño.

—¿Por qué hiciste eso? ¡Tú estabas tan desmayada como yo!—riñóla violentamente. ¡Levántate!



*Y José, horrorizado de lo que acababa de hacer, no acertó a huir, y fué detenido... (pág. 23).*

—¡Estaba en mi derecho! ¡Voy a decirte por qué! ¡Hasta una hormiga se rebela si la pisan! ¿No he de rebelarme yo, después de tantos abusos?

—¡Calla, calla!

—¿Qué me importa que me oigan? ¡Todo el pueblo ha de enterarse de lo que han sido nuestras relaciones!

—¡Calla! ¡Y me voy! ¡Para no verte más! ¡Aparta!

—¡Ay, Max, no me dejes! ¡Por favor, por favor; no te vayas! ¡Yo no he querido ofenderte!

—¡Basta! ¡Hemos terminado!

Abrió la puerta, y apenas pisó el umbral de la misma sin escuchar los lamentos de Carlota, José, irrumpiendo en el Café, le vió, sospechó lo peor, y ciego de celos y de rabia alcanzóle y le disparó un tiro a quemarropa, que le derribó, rodando aparatadamente por las escaleras.

Y José, horrorizado de lo que acababa de hacer, no acertó a huir, y fué detenido por el dueño del Café.

#### UNA REVELACION ASOMBROSA

K. Le Moyne había seguido a José hasta el Café de Schwitter, y se había hecho cargo de todo, durante la confusión.

Avisada por una compañera, Sidney, que había sido reintegrada a su empleo de enfermera, trasladándose de su casa al hospital, presa de la más atroz angustia.

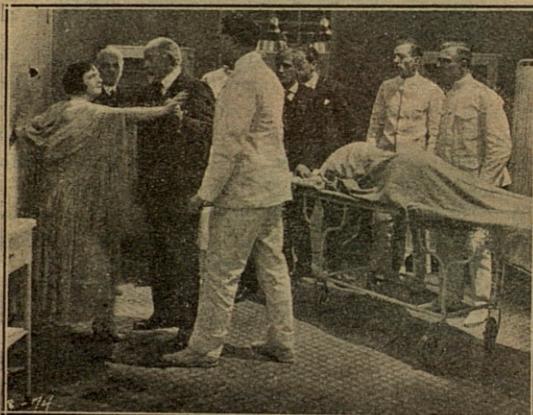
Le Moyne se hallaba también en el hospital.

Los doctores reuniéronse en consulta, y diagnosti-

caron que era tal la gravedad del herido, que no debían siquiera tocarle. Debía morir...

Carlota, llorando desesperadamente, echóles en cara su cobardía.

—¿No van ustedes a operarle? ¿Serán capaces de dejarlo morir, como un perro, sin intentar nada?



—¿No van ustedes a operarle? ¿Serán capaces de dejarlo morir, como un perro...?

Los doctores se disculparon basándose en que no había ninguna esperanza, y como Carlota no cesaba de gritarles que eran unos cobardes, fué arrojada de la sala de operaciones; y entonces, a su vista ofrecióse un rostro harto conocido.

—¡Doctor Edwardes!—exclamó,

Y llorando convulsamente acercóse al aludido doctor, que no era otro que K. el desconocido.



...fué arrojada de la sala de operaciones.

—¡Cállese usted!—le dijo éste, receloso.

—¡No, no, doctor! ¡Usted tiene que operarle; es la única esperanza de salvar su vida!

—¡No puedo, no puedo!

—¡Ah! ¡Tiene miedo! ¡Teme que se le descubra el juego, porque en Nueva York está usted acusado de homicidio!

—¡No, no!

—¡Usted está enamorado\* de Sidney Page y tiene interés en que Max muera, porque sabe que la perderá, si él vive!



*Le Moyne, doctor Edwardes, siguió a Carlota a la sala de operaciones (pág. 27).*

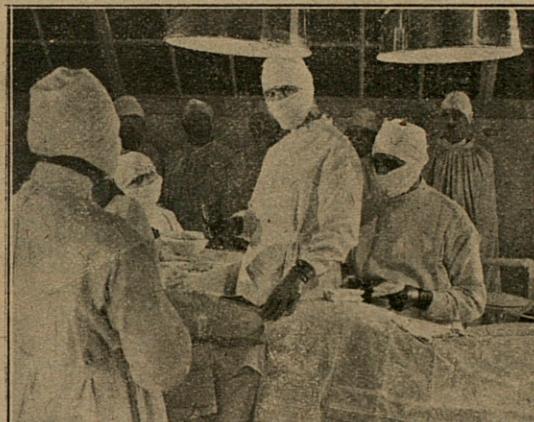
—¿Y usted quiere que él viva, aun sabiendo que volverá a ella?

—¡Oh, sí!

—¡Pues bien: yo haré la operación!

Le Moyne, doctor Edwardes, siguió a Carlota a la sala de operaciones; y fué presentado a los doctores, que le creyeran muerto y cuyo asombro, al afirmar el interesado su personalidad médica, era indescriptible. ¡Parecía cosa de milagro!

Los doctores y los ayudantes vistieronse para la importante operación, y K. iba a devolver la vida a un cuerpo que empezaba a perderla.



*...y K. iba a devolver la vida a un cuerpo que empezaba a perderla.*

Carlota siguió sus movimientos, apostada detrás de una puerta entreabierta, cuando llegó Sidney.

—¿Dónde está el herido, dónde?—preguntó temblorosa.

—¡Ah! ¿Es usted? ¡Apártese! ¡Usted tiene la culpa!

—¿Yo? ¿Yo?—sollozó Sidney.— ¡Oh, por piedad, déjeme entrar!

—¡No se puede! ¡A mí me arrojaron y tengo más derecho que usted!

Transcurrió una hora horrible para todos.

Un hombre esperaba al doctor Edwardes. Había ido antes a la casita donde se hospedaba, y desde allí le mandaron al hospital.

#### LO QUE NO MUERE

Después de la operación, Carlota apresuróse a ponerse a la cabecera del operado, para cuidarle abnegadamente, dispuesta a que nadie se lo arrebatase, y el doctor Edwardes, transformado otra vez en K. Le Moyne, vióse requerido por Sidney para que le diese noticias del estado del herido, las cuales debía saber, puesto que le había visto salir de la sala de operaciones.

—¿Dónde está el doctor Edwardes, y qué dice del estado del herido?

K. miró en derredor suyo, y repuso:

—Dice que vivirá.

Sentáronse. Ella estaba aliviada. No deseaba la muerte de Wilson; pero ya no le podía amar.

—Cuando fué herido estaba con Carlota. Lo he sabido. Faltó a la promesa que me hizo. ¡Qué engaño!

—¿No cree usted que es mejor esperar a que él pueda explicar lo sucedido?

K. no osaba mirar a Sidney. Le acometían deseos de llorar. La amaba con pasión, pero no se atrevía. Le estaba vedado aquel paraíso. Ella advirtió su tristeza, y al lograr atraerse sus miradas, éstas, rápidas y poderosas, revelaron la verdad.

—¡Oh! ¿Será cierto?—exclamó Sidney con infinita sorpresa.

—¡No puedo más, mi bien!

Y se abrazaron con frenesí.  
Se habían amado siempre.  
En aquel momento tan ansiado por ellos, presentóse el hombre que esperaba a K.  
—¿El doctor Edwardes?—preguntó—. Es usted, ¿verdad?

K. sospechó de lo que se trataba. Había sido descubierto su paradero y venían por él.  
—Sí, soy yo—declaró delante de todos los que siguieron al agente de policía, que lo era.  
—¡Tú!!—dijo Sidney pasmada y abrazándose a él temiendo algo terrible.

—Tengo una orden judicial para arrestarle a usted.  
—¡Arrestarte a tí!! ¿Por qué?—prosiguió Sidney.  
Y ante la expectación general, el doctor Edwardes confesó la verdad:  
—Se me acusó de imprudencia profesional, porque algunos de mis enfermos murieron en circunstancias sospechosas.

Iba a entregarse el doctor Edwardes al policía, cuando Carlota, agradecida a él por haber salvado la vida a Wilson, declaró, en una suprema redención de sus culpas por amor, la inocencia del noble reclamado por la justicia.

—Yo soy la responsable de todos los cargos hechos contra el doctor Edwardes!

—¡Usted!!—exclamó éste.  
—Sí! Estando yo á cargo de la sala de operaciones del doctor Edwardes, cambié, intencionadamente, los desinfectantes, para desacreditarlo, porque yo amaba al doctor Wilson, su ayudante, y quería que éste adquiriese su fama, para ocupar su puesto.

La justicia brilló esplendentemente, y los buenos gozaron del premio merecido.

Casados Sidney y el eminentе doctor Edwardes,

una alfombra de rosas se tendía a sus pies para perfumarles para siempre la vida.

Las murmuradoras no se daban por satisfechas con todo lo ocurrido, y el día de la boda de Sidney con el ex empleado de la Compañía del Gas, decíanse unas a otras:

—No comprendo por qué la madre de Sidney ha omitido invitarme al casamiento, siendo yo una de sus mejores amigas.

—¡Qué injusticias, doña Quiteria!  
—¡Y que lo diga, doña Eustaquia!  
—Se ha vuelto orgullosa de repente.  
—Eso, eso, doña Gumerinda.

—Pero lo ha de sentir. Por todo lo que he oído, K. Le Moyne debería estar en la cárcel; aunque un jurado le ha declarado inocente. Y ahí está José, completamente libre también, porque Max Wilson se negó a querellarse contra él... ¡Buena anda la justicia!

Y como las tres iban tan ensimismadas con sus chismes, no pudieron evitar ser salpicadas por el auto en que desaparecían los novios hacia la luna de miel; y, al hacerse atrás, cayeron en un charco, como tres patos, probablemente para que en el agua continuasen *graznando...*

FIN

**Con esta novela exija V. la postal de Gabriel Signoret**

## PRÓXIMO NÚMERO

La intrigante novela de emoción

## POR UN DÓLAR

Creación de ILLA LOTH

Numerosas fotografías

32 páginas Precio: 30 cts.

Postal regalo:

ELEANOR BOARDMAN

LA NOVELA FILM sale todos los martes

Los Grandes Films  
de

## La Novela Semanal Cinematográfica

han publicado recientemente los grandes asuntos

Cuando las mujeres aman

El Capitán Blood

Más fuertes que su amor

ELLA.....

Demasiadas mujeres

Esta semana:

Nobleza baturra

\*

Esmerada presentación. Sea usted colecciónista de Los Grandes Films

**IMPORTANTE**

**Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan, de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que **desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España.**

**¡¡Es, pues, el momento de completar las colecciones!!**

**IMPORTANTE**

**A los correspondentes**

Con el fin de que puedan contentar a todos sus clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momento desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, **ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas sus publicaciones.** Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesita a SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A., Barbará, 16, BARCELONA; Ferraz, 21, MADRID; Ferrocarril, 20, IRÚN.